

SELECCIÓN LITERARIA

Amellali Reyes Báez



Selección literaria

Amellali Reyes Báez*

Detrás del verso, me defino

Él despierta, palpita, te saca los ojos. Imagínalo junto a un ciego Edipo en medio de una lluvia negra y granizada, con Fabricio del Dongo en su celda mientras afuera el ruiseñor canta. Imagínalo recorriendo tus centímetros, escalando tus vértebras, dejándote mudo. No sabes si viene desde dentro o de fuera, pero sin duda lo conoces, ha formado contigo una amalgama, ha extendido su umbral en tu interior. Si aún no lo crees, formulemos un ejercicio de memoria: recuerda la última vez que la plenitud rozo tus manos, evoca esas alas que después perdiste, ese fruto inacabado a veces llamado felicidad –recuérdala en cantidad y dosis– ¿cuántas calles ha transitado a tu lado? Ahora recapitula los días ahogados, búscalos en cualquier sitio, no los has olvidado. Recuerda todo lo que el dolor te ha concedido y dime si esa porcelana fría no te ha llenado hasta el origen. Algo en ti y en mí hierve, nos deja un gesto rugoso: nos hemos lavado en más dolor que deleite.

Háblame del dolor, de la tierna historia en que el dolor conoció al cuerpo, de cómo éste lo engañó con la mente mientras de paso visitaba al corazón y a ratos volvía a jurarle amor al cuerpo. Esa trayectoria – abismo encarnizado– se extiende en la arena y llega al naufrago. Aquí comienza (quizá) el juego; el dolor sonríe ante una piel lista para ser presa, tienta a las membranas más profundas, acaricia cada músculo, le dice que duerma. Y en medio de esa entelequia una cortina se eleva, desgarrar los poros de cuero cabelludo y lo muestra orgulloso a la muchedumbre que grita y corre, sedienta de las gotas derramadas, de cada hueco roído. No hace falta esperar mucho para sentir la bruma en tu cabeza, debajo del sudario. Puedo escuchar cada crujido de tu voz, pidiendo, rogando que pare. Cuántas lunas deben haberte escuchado, debe ser duro contemplarlas mientras no te observan. Pero debe ser más duro sentir cómo el coro invocado te vuelve a perforar.

*Sobre la autora: estudia la licenciatura en Economía en el Colegio de México, es de la generación de los años 90 y estos textos son una muestra del poemario *Penar de Aguascalientes*.

Venimos del dolor, el parto es un proceso violento –grito, contracción convulsa que traspasa toda dimensión–, tritura a la madre, deja llagas en el producto y al parecer ambos han sido curados. ¿Necesitamos del dolor para sentirnos vivos? Por qué no todos aseguran haber sido felices alguna vez, pero sí afirman haber padecido. Nos acercamos a un punto tan delgado como intangible: el dolor como único sentimiento universal. Las rodillas flexionadas, la inclinación fracturada del feto en su refugio nos remiten a ese origen lóbrego, apresado en arcilla.

Tras ese paisaje donde todo se reconstruye a partir de espejos quebrados, hay astillas que mordaces aguardan, urdiendo las fracciones de mi cuerpo corroído, y así, ciego en el llano, detrás del verso, me defino. ¿Quién ha dicho que puedo salvarme? Si esta corriente me inunda y alcanza al sueño, en el proceso no hay dicha y cuando muero quedan las formas de la tiniebla, desgarrada pero incesante.

Dolor, dolor es ver que me ayunas, que puede haber vida después de mi exilio, es cubrir tus huesos en cenizas, adornar con flores algo ya putrefacto, decir que confíes cuando las ideas aún no arriban a mi puerto, es tu imagen borrosa y mis ayer vacíos, es mutilarte, dejarte fuera. Es saber que aún no estoy dentro, que mi núcleo es otro, es taladrar eso que callas, es no habitar mi memoria –lo que vivo aquí y ahora–. Dolor es no danzar y saber que en algún lugar alguien lo hace.

¿Quién lo acompaña, quién lo ve a la cara? Su atardecer y su jardín, se han agotado en su destino, su encuentro subterráneo. Nunca es tarde para unir sus cadenas e iniciar su plegaria que es cumbre. El dolor y la tristeza se funden, y ese fuego a veces cálido nos arroja a lo divino, al esplendor y a la música, a lo inefable.

Después de tantas décadas de cruzar el camino de azufre y piedra probablemente alguien haya aprendido a acostumbrarse al sabor de la amargura, pero la ráfaga del latido interrumpido no olvida su obligación y cumple su promesa, puntual, en el instante exacto. Tan preciso que para muchos resulta más dichoso ser siempre el desdichado. Después de todo, al final del día tu carne, mi carne y el dolor se abrazan.

CIUDAD PERRO*

Recostado en un colchón de tardes lentas, aspiro el humo que me lleva a la nada, gravito en esta cosa sin forma, de tabiques, de lámina, de tierra. Escucho un tren distante, ya todos se largan de este hueco hambriento. ¿Quién viene? Los mordidos, los que arañan, los que lloran. Esta ciudad perro me devora, me recibe con sus golpes, me hace perderme en sus rocas, sus laberintos custodiados, y entre tanto ruido, piel usada y pasos arrastrados. Una voz grita: tú no existes, eres la mugre, la orilla. Soy como una piedra en el

zapato, al que miras de lejos, al que no tocas. Te crees tan distante de mí, sin saber que mis bordes son los tuyos, sin saber que a ti también te rodea el polvo.

*En recuerdo a Carlos Fuentes y la comunidad de Nezahualcóyotl de los años ochenta (que bien podrían ser los mismos habitantes de ahora).

HAY ALGO QUE ME ASFIXIA

me quiebra

se arrastra

me lleva con ellos.

Tu nombre,

el único plasmado,

se yergue en el lienzo

que no admite más nombres.

Las letras azules se encajan

como dientes en mi boca

y sólo dejan lugar a los trazos sin unión

a lo desarticulado.

Un campo fértil se cultiva en nuevas tierras,

no en las cenizas

y lo bello crece, se extiende...

Yo sigo habitando un mundo alterno,

sin ser sombra

cultivo en las cenizas.

PENAR DE MEDIA NOCHE

Ruido de fondo,

me disuelvo en las arenas del suspenso

en la lluvia que no moja pero enferma,

en la casa de las mil habitaciones,
sonámbula de un solo piso.

El cielo rota
se miente,
delimita mis días de los tuyos.
Vive de recuerdos,
los deja escapar.

Aun cuando el día llega entero
un relámpago lo truena,
la luz explota,
fragmentos se incrustan
en mi piel enrojecida,
en mi avergonzada piel.

Recuerdo el día en que volaba
 lejano como el lugar de mi ombligo
 enterrado a medio camino
 o bajo el suave manantial.
 Aquí el agua se requema
 aquí no brota,
 sabe a cantar salado.